campo de Mayo esas fantasmas de príncipes, á quienes pudo con un soplo, pero no quiso, desaparecer el poderoso Cárlos Martel. Eran piadosos, sin embargo, y hácian edificar muchos monasterios, mas la sola piedad no basta para sostener un cetro; el de la Francia, que es pesado, necesita de un brazo firme, de un corazon intrépido, de una cabeza fuerte y de un espíritu prudente. Los mayordomos del palacio tenian felizmente para la Europa cristiana, todas estas calidades, como se vió bien pronto en la guerra contra el islamismo (1).

Los moros, dueños de la España, habian arrojado desde lo alto de los Pirineos una mirada codiciosa sobre la Francia, el mas hermoso reino de occidente; parecióles, pues, que seria bueno introducir allí el islamismo, y cambiar en mezquitas sus iglesias cristianas; y apenas concibieron este proyecto cuando lo ejecutaron. Las ricas llanuras del medio dia fueron muy pronto inundadas de un ejército numeroso que saqueaba á su paso los antiguos santuarios, y que considerándolos cual si fuesen ídolos, destruia las estátuas de la Vírgen y de los Santos.

Desde los Pirineos hasta el Rhin tembló toda la Francia: las iglesias eran demasiado estrechas para contener las poblaciones arrodilladas que pedian á Dios y à su Santa Madre ayuda y socorro contra los infieles; los obispos se armaban; los abades mitrados marchaban al combate bajo la bandera de su abadía; el de San Dionisio hácia llevar el oriflama que no era otra cosa que él estandarte de su mismo convento. La Aquitania desplegaba la imágen de San Marcial, y Cárlos Martel la capa de San Martin de Tours, que era entonces el estandarte real de Francia. Era verdaderamente una guerra santa, y vemos que los que sucumbieron en ella fueron colocados en el cátalogo de los mártires.

La batalla en la cual la cimitarra de los sarracenos y el hacha de los francos iban á decidir de los destinos del mundo, y asegurar el triunfo del Evangelio ó del Koran, se dió en las llanuras de Poitiers. Los dos ejércitos se contemplaron al principio con igual sorpresa; los franceses no podian menos de admirar esa brillante caballería oriental, orgullosa con tantos triunfos y cargada con los despojos del Africa y del Asia. La tierra se estremecia bajo las pisadas de esos corceles árabes que ahondaban el suelo con sus cascos y parecian decir: "¡marchemos!" como su tipo inmortalizado en la sublime descripcion de Job. La vista se deslumbraba con el brillo de los vestidos flotantes de los sarracenos, con la riqueza espléndida de sus turbantes, y con los destellos que despedian sus bruñidas corazas y lucientes cimitarras.

El ejército de los franceses, que se habia formado en ángulo para la batalla, ofrecia á los hijos de Ismael un espectáculo menos imponente y menos estraño. Aquellos guerreros ágiles con sus cortos y ajustados vestidos, y que superaban á los mas rápidos corceles en celeridad; aquella formidable infanteria, que en sus maniobras reunia á la antigua táctica de las legiones romanas, la ferocidad germánica, y cuyo triángulo erizado de temibles franciscas y de agudas lanzas, avanzaban sobre los escuadrones enemigos de un modo impetuoso y compacto, llenaba de asombro á los árabes, que se apercibieron muy pronto, segun dicen los antiguos cronistas, de que iban á habérselas con godos menos degenerados, y que vencer á Carlos era mas dificil que vencer á D. Rodrigo.

La batalla famosa de Jerez que entregó la España á los moros duró ocho dias enteros; la batalla de Tours que salvó á la Francia, no duró mas que el tiempo que tarda en mostrarse el sol y ocultarse en el horizonte. Los árabes cargaron muchas veces sobre el ejército de Cárlos Martel, arrojando uno tras otro sus batallones á la refriega, como se suceden las encrespadas olas en un dia de tormenta; pero su furia desordenada se estrellaba entre las masas formidables de los guerreros francos, á quienes un portugués, el obispo Isidoro, autor contemporáneo, compara á esos muros de hielo contra los cuales vienen á romperse y á fundirse, sin dejar ni el mas leve rastro. Por último, el feroz Abderraman, teniente del Califa, cuya autoridad se estiende á toda la España conquistada, cae rendido bajo el hacha poderosa de Cárlos (*). Las sombras de la noche separaron á los combatientes; y al siguiente dia, cuando las tropas cristianas se precipitaron sobre el campo musulman para completar su destruccion, lo encontraron desierto y abandonado: ¡los moros habian huido para siempre! Entonces cada batallon fué recibido en la ciudad á que pertenecia, y que con su esfuerzo habia libertado, al sonido gozoso de las campanas y á los acentos religiosos del cántico de los salmos, oyéndose repetir por todas partes estas palabras que se hallan consignadas en la ley sálica: "¡Honor á Cristo que ama á los francos, que protege sus ejércitos, y pone su reino bajo de su amparo!"

1 La palabra *islamismo* significa consagracion á Dios;

* Se comprende desde luego la parcialidad con que sobre este punto habla el autor al tratar de la invasion de las Galias, comparándola á la de la España. Sin disminuir el mérito de la batalla de Tours, debe observarse que antes de ella los sarracenos habian invadido toda la Galia Narbonense y lo que se llamaba la Occitania, llegando á amenazar hasta los muros de la antigua Lutecia: pero los árabes no invadieron la Francia en el número formidable que en España, á donde tuvieron que dejar lo mejor de sus ejércitos para guardar las ciudades conquistadas, ni esta nacion se hallaba entonces en la situacion favorable que la Francia para resistirles.—N. del T.

CAPITULO VIII.

DE LOS HOMBRES DEL NORTE.

El último de los merovingianos, habia trocado la dalmática blanca y azul, el círculo de oro esmaltado de pedrerías, y la vara de oro de seis piés, encorvada como un báculo, que constituía el cetro de los reyes de larga cabellera, por el hábito monástico; era un fantasma menos del poder. Como desde mucho tiempo antes los mayordomos de palacio eran reyes de hecho, la desaparicion del último descendiente de Clovis hizo tan poco ruido en el mundo, que las crónicas de aquel tiempo se limitan á decir, con una concision en que se entreve el menosprecio, que los francos reunidos en Soissons fueron los que depusieron á Childerico y dieron la corona á Pepino. Este príncipe de Austria, que acababa de colocar atrevidamente sobre su frente la corona de Francia, violando, de acuerdo con los nobles, todas las leyes de la monarquía, tenia una espada capaz de defenderla, y una cabeza bastante fuerte para llevarla. Su valor era muy conocido; su prudencia era proverbial, y se mostró mas piadoso que su padre Cárlos Martel, de gloriosa memoria, el cual saqueó la Iglesia despues de haberla libertado. Pepino, que se distinguia por su devocion á la Santísima Vírgen, fué ungido por Bonifacio, arzobispo de Mayenza, en la célebre iglesia abadial de Nuestra Señora de Soissons, en donde Gisela, una de sus hijas y hermana querida de Carlo-Magno, tomó el velo. Esté fué aquel príncipe que dió al monasterio merovingiano de Nuestra Señora de Argenteuil una parte del inmenso bosque que le rodeaba. Pepino el Breve fundó tambien en el antiguo bosque germánico que despues fué tan célebre y temido con el nombre de la Selva-Negra, una hermosa capilla en honor de María. Hé aquí el orígen de esta fundacion: Un dia que en compañía de sus cortesanos cazaba en este bosque, se apartó de su comitiva, y no sabiendo qué camino tomar, vacila sobre cuál sendero escoger, cuando llega á sus oidos el tañido de la campana de una ermita que traian las brisas del otoño; el príncipe franco volvió su caballo hácia el punto de donde venia aquel llamamiento religioso, y á poco andar distinguió en un sitio agreste, pero hermoso, donde borbota un manantial de agua viva, una capillita construida, ó por mejor decir, empezada por un pobre monge escoces. Este pequeño edificio, construido sin el compas del arquitecto, ni la llana del albañil, no dejaba, sin embargo, de manifestar un ornato sencillo y hermoso: las zarzas habian entrelazado sus torcidos juncos cubiertos de hojas de un verde sombrío en las estrechas hendeduras, y el ramaje de oro y púrpura de la vid silvestre, parecia reflejar en su recinto destruido los ricos tintes del sol poniente.

Los reyes de aquel tiempo, algun tanto orgullosos por naturaleza, se despojaban de sus modales altaneros ante todo signo ó emblema de la religion cristiana. Al descubrir la cruz negra de la ermita, el descendiente del vencedor de los moros se descubrió la cabeza, y se inclinó cual lo hubiera hecho el último de los pastores de su reino; atando en seguida su caballo á un árbol, penetró en el humilde santuario erigido bajo la invocacion de María. La desnudez y abandono del lugar santo, por cuyo techo arruinado se veían los pinos ondular sus copas frondosas y las nubes cruzar el espacio, no entibiaron en manera alguna la piedad del valiente monarca. Habiendo orado devotamente ante una Madona mal esculpida, que hoy haria llorar á un niño y estremecer á un artista, el príncipe, no queriendo salir del lugar santo sin dejar en él una muestra de su presencia, puso al pié del altar su toca bordada de oro y adornada de piedras preciosas. Vuelto á su palacio hereditario de Heristal, Pepino no olvidó en medio de los cuidados y de los goces de la dignidad real la pequeña ermita de María, la que hizo construir de nuevo dotando su culto con magnificencia (1).

Carlo-Magno, ó *Cárlos el Grande*, como le dicen los cronistas francos, no rechazó la herencia religiosa de la piedad de su padre. Consérvase el recuerdo de una de sus piadosas visitas á Nuestra Señora del Marillais, en Anjou, peregrinacion que data, segun pretenden, del siglo cuarto, y que entonces era uno de los templos mas frecuentados del mundo cristiano (2). El pueblo romano, aunque acostumbrado al lujo y al esplendor, se deslumbró al ver las ricas donaciones que hizo á Santa María la Mayor, en la visita verificada en Roma. La Germania fué tambien dotada por él con tres iglesias del nombre de María; pero no quedó en esto su fervorosa devocion.

Despues de haber exhumado la ciudad termal de Granus, cuyo cadáver habia hallado casualmente estendido sobre los musgos del hermoso valle que el Rhin y el Mosa riegan con sus aguas, Carlos, que queria escogerlo para residencia del imperio franco, hizo construir allí cerca de su vasto palacio y bajo la invocacion de María, una capilla ú oratorio de figura octágona, cuyos mármoles fueron transportados de Italia, que alumbró con vidrieras incrustadas de oro y piedras, y cerró con puertas de luciente metal. Esta capilla igual en estension á las basílicas, y que despues ofreció un magnífico asilo á los restos mortales del gran emperador, fué tan célebre que la ciudad germánica, de la cual era el mas bello título de gloria, se honraba de llevar su nombre. Desde el tiempo del emperador Luis I hasta el año de 1556, treinta y seis reyes y diez reinas fueron coronados en el suntuoso altar de Nuestra Señora. Este santuario llegó á ser tan frecuentado, que en 1496 se contaron en él, en un solo dia, ciento cuarenta y dos mil peregrinos.

La corte de Carlo-Magno lo imitaba en su tierna y profunda piedad por la Santísima Vírgen. Cuando aquel emperador publicó su edicto de guerra contra el rey musulman de Córdoba, y llamó á todos los condes de la Francia meridional bajo el estandarte en que figuraba el arcángel San Miguel, el héroe de aquella época, el célebre paladino Rolando, su sobrino, antes de atravesar los Pirineos que debian serle tan fatales, hizo una romería á Nuestra Señora de Roc-Amadour, acompañado de muchos nobles señores. El príncipe Carlovingio, despues de invocar piadosamente á María, le ofreció un donativo de plata del peso de su *Bracmar*, (espada) y le consagró esta arma que habia adquirido tanto renombre. Al volver á Francia cubierto de gloria, la retaguardia del ejército que man-

1 Astolfi, *Delle imagini miracolose.*
2 Grandet, *Hist. Eclés. de Anjou.*

daba fué flanqueada y embestida por todos lados en el valle de Roncesvalles. En vano los franceses opusieron á un ataque tan formidable una esforzada resistencia, fueron, sin embargo, derrotados: ninguno quiso rendirse, todos perecieron, gefes y soldados. Para conservar la memoria de este terrible desastre, se erigió en aquel mismo sitio sobre las hosamentas de aquellos desgraciados y valerosos guerreros, una capilla dedicada á la Vírgen, colocando en ella una inscripcion que llevaba los nombres de Thierry-d'Ardennes, de Rioles-du-Mas, de Guy-de-Borgoña, de Ogier-el-Danés, de Oliverio y de Rolando. Esta capilla, situada cerca de la abadía de Roncesvalles, estaba adornada de pinturas representando una batalla, y durante diez siglos no se enterraron allí sino franceses. El último pensamiento de Rolando sobre el campo de batalla, fué un acto de reverencia á la Santísima Vírgen, pidiendo que su espada se llevase á Nuestra Señora de Roc-Amadour, y así fué ejecutado.

Luis el Piadoso, ó por otro nombre el Benigno, hijo de Carlo-Magno llevaba siempre consigo la imágen de María ya estuviese de caza ó de viaje. Cuando por algunos momentos se apartaba de su corte y se encontraba solo en los bosques, sacaba presuroso de su seno la imágen adorada, y poniéndola al pié de algun árbol hacia ante ella oracion. Algun tiempo despues depositó esta misma imágen en la soberbia abadía de Hildesheim, que hizo construir en honor de la Vírgen Santísima (1): y plantó en ella un rosal que casi duró tanto tiempo como el hermoso monasterio.

Bajo Cárlos el Grueso, monarca cobarde y perverso, cuyo triste y agitado reinado preparó la ruina de la raza de Carlo-Magno, los normandos conducidos por Sigefredo sitiaron á París. Esta antigua capital de los *Parisii*, cuya residencia amaba tanto Julian el apóstata, tenia entonces la misma estension que en el tiempo de César. La catedral de Nuestra Señora construida hácia el levante por el rey Childeberto, dos gruesas torres al Mediodía y al Norte, y el palacio del rey ó de los condes al poniente, formaban las cuatro estremidades de su recinto. El Sena la rodeaba con sus ondas azuladas. La márgen del rio por la parte del Norte estaba cubierta de un espeso bosque, y la torre octágona que estaba en el ángulo del cementerio de los Inocentes, servia para vigilar desde allí sobre ese bosque infestado de ladrones por aquel tiempo. En el lugar del cuartel de los Mercados y no lejos de Santa Oportuna, habia una ermita llamada de Nuestra Señora del Bosque, porque estaba situada á la entrada de él. Los viñedos cubrian la montaña de Santa Genoveva; y el arrabal de San German, famoso por sus praderas circundadas de sauces, no era sino una pequeña poblacion abadial.

Sigefredo al llegar cerca de París, pidió desde luego que se dejasen libre el paso á las tropas que conducia á Borgoña; mas como rehusaron abrirle las puertas, el normando juró por los brazaletes de Thor, que con su espada sabria abrírselas.

1 *Triple Cour*, nomb. 75.

Eudes, hijo de Roberto el Fuerte, se encerró en Paris resuelto á defender la ciudad contra estos bárbaros, que no contentos con saquear las casas y las iglesias, se llevaban hasta los cuerpos venerados de los santos (2). El asedio fué largo y sangriento: setecientas barcas normandas obstruian el Sena; por ambas partes se emplearon en el ataque y en la defensa las ballestas y las catapultas y recíprocamente se lanzaban proyectiles ardientes y dardos abrasados. Las torres normandas se hallaban opuestas á las de los parapetos sitiados, y los enemigos se aprocsimaban á las murallas guareciéndose bajo galerías cubiertas que los parisienses llegaban frecuentemente á incendiar, ó á derribar con el peso de las vigas y de las piedras que arrojaban sobre ellas.

Desde el principio de esta lucha heróica y desesperada, París se habia puesto bajo la especial proteccion de la Vírgen Santísima. Su estátua era conducida en procesion durante el combate en derredor de los parapetos: y los normandos la tomaban siempre por el blanco de sus saetas sin poder conseguirlo. Los arqueros invocaban su nombre en alta voz, arrojando nubes de dardos y piedras desde lo alto de sus torres, y cada vez que se lograba rechazar al enemigo, se iluminaba la ciudad magníficamente con antorchas de cera blanca.

"Ella es quien nos salva, decia Abbon; ella es quien se digna sostenernos; por su favor aun gozamos de vida. ¡Amable Madre del Salvador, brillante reina de los cielos, tú eres quien ha libertado al pueblo de Lutecia de la cuchilla de los daneses!"

Algunos años despues, la Santísima Virgen ayudaba por medio de un milagro á rescatar de los normandos la ciudad de Nantes, y á arrojarlos de la Bretaña que habian invadido. Atain, llamado despues Barba Torcida, que se habia refugiado en Inglaterra con la flor de la juventud bretona, emprendió libertar á su patria: tenia entonces apenas veinte años, y tan solo contaba con su espada y la proteccion de María; pero una espada en la mano de un valiente es algo, y la proteccion de María vale por un ejército. Desembarcó con algunos valientes en Cancale, y de marcha en marcha, dejando tras sí un largo reguero de cadáveres normandos, el héroe breton llegó por fin bajo los muros de Nantes, donde se habian refugiado los foragidos del Norte como en su último asilo. Rechazado con gran pérdida de los normandos, que habian reunido sus mejores tropas en derredor de la ciudad, Alain se retiró con los suyos hasta la estremidad de la montaña; allí se dejó caer en tierra, *terriblemente fatigado*, dice un antiguo cronista breton, y sufriendo una sed abrasadora. "Entonces comenzó á quejarse amargamente, y á pedir con humildes súplicas á la Santísima Vírgen Madre de Dios, le abriese una fuente de agua para que él y sus caballeros pudiesen reparar las abatidas fuerzas. La Santa Vírgen oyó sus ruegos, y segun su deseo hizo brotar una fuente de

2 Véase *Antig. de Rouen*, pág. 102.

agua pura, que aun es llamada la fuente de Santa María, en la cual él y los suyos refrescaron suficientemente, y recobrando un nuevo ardor volvieron animosos y fuertes á la batalla. Atacaron de nuevo á los normandos, los derrotaron é hicieron pedazos, no escapando sino los que huyeron despavoridos, llevándose consigo el botin que pudieron recoger á sus barcas."

Alain halló la ciudad de Nantes saqueada é incendiada. Cubierto de polvo y sangre, el jóven libertador habia buscado largo tiempo en la desgraciada ciudad, en la que solo quedaban paredes ennegrecidas por las llamas, la majestuosa basílica de San Félix, cuyo techo, cubierto de finísimo estaño de Cornouailles, era tan brillante, dice un monge contemporáneo, que á los rayos del sol ó de la luna parecia de pulida plata. ¡Mas ay! este techo habia desaparecido, y el cielo tan solo servia de bóveda á la antigua iglesia, cuyos altares se veian rotos y los sepulcros abiertos. Para poder llegar hasta el sitio donde estaba el tabernáculo, Alain se vió precisado á abrirse paso á través de las zarzas con su espada. Mas no por eso dejó de cantarse el *Te Deum* de la victoria, y las alabanzas á la Vírgen, con religioso entusiasmo; y antes de levantarse, el jóven breton, reconociendo el apoyo tutelar que habia recibido de la Vírgen Santa, prometió erigirle la catedral que lleva hoy el nombre de Nuestra Señora de Nantes.

En el reinado de Cárlos el Simple, y á espensas del mas bello floron de la corona de los francos, se obtuvo la conversion de un ejército entero de aquellos crueles y atrevidos piratas del Norte, que durante tanto tiempo habian asolado las costas de la Europa occidental. La Neustria, hermosa y rica provincia que devastaron por casi un siglo, y que con la cuchilla á la garganta de sus moradores lograron convertir al culto bárbaro de sus dioses falsos (1), les fué cedida junto con la soberanía de la Bretaña, bajo la sola condicion de que su gefe Rollon, el terror de la Francia, se hiciese cristiano. La condicion fué aceptada; el pirata normando se casó con una princesa carlovingia que no vivió mucho tiempo; y que se convirtió á la fé sin ninguna violencia. El elemento religioso dominaba ¡cosa estraña! entre estos bandidos del Norte, que mas de una vez enviaban presentes y cirios á los abades, á quienes venian precisamente á robar. Las tempestades que se levantaban á la vista de las costas á donde ellos querian descender, les habia hecho creer que el santuario cristiano estaba bajo la proteccion del Ser poderoso y celestial (2).

1 Durante 74 años, dice Rouault, el cotentino, tuvo el dolor de ser profanado por las ceremonias que se hacian á los ídolos de Norte y los sacrificios que se les ofrecian hasta en la ciudad de Cotanza. (*Compendio de la vida de los obispos de Cotanza*, pág. 151.)

2 Un ejército danés, que habia desembarcado sobre las costas de Bretaña para saquear la rica y célebre abadía de Rhédon, se atemorizó de tal manera por una tempestad que estalló sobre su campo, que en lugar de destruir y de incendiar la abadía, los piratas, creyendo que estaba defendida por un Dios digno de su respeto, llevaron á ella regalos, la iluminaron con cirios y colocaron centinelas en torno de ella para impedir que la saqueasen. Habiendo infringido seis soldados las órdenes de Godofredo, su gefe, tomándose algunas cosas de la abadía, fueron castigados con la pena de muerte en el mismo dia. [Mabillonius, *in actis* SS. ordinis S. Bened., sect. IV. segunda parte.]

La primera pregunta que dirigió el nuevo duque de Normandía á Franco, arzobispo de Rouen, que lo instruia en los misterios del cristianismo, fué para saber cuáles eran los santos mas venerados de Francia y de Neustria. El prelado le respondió al momento que Nuestra Señora, manifestándole el poder que tenia como Madre de Dios. "Pues bien, dijo el príncipe del Norte despues de un instante de reflecsion, es necesario hacer alguna cosa por ella, puesto que es tan poderosa." En efecto, hizo desde luego una gran donacion de tierras á Nuestra Señora de Bayeux. Como la ciudad de Rouen habia dedicado á María su iglesia metropolitana, quemada por los normandos de Hasting, y reedificada bien ó mal algun tiempo despues, el duque y la mayor parte de sus capitanes daneses fueron bautizados en ella, y comenzó por engrandecerla y hermosearla, trabajos que sus sucesores continuaron despues con magnificencia (3). Nuestra Señora de Evreux, una de las mas antiguas iglesias de Normandía, si hemos de dar crédito á las crónicas que cuentan que San Taurin, primer obispo de Evreux, la fundó en 250, y la consagró al culto del verdadero Dios bajo la invocacion de la Santísima Vírgen, recibió tambien ricas donaciones de Rollón, que hasta su muerte dió pruebas indudables de la mas sincera piedad y devocion hácia la *Señora Santa María*, como la llamaban respetuosamente los príncipes y los grandes de aquella época.

Esos duques normandos, generosos y valientes por carácter, eran por lo comun muy devotos de la Vírgen: en sus altares recibian la investidura de ese hermoso ducado que con orgullo llamaban *su reino de Normandía*. Bajo las baldosas grises de su capilla que adornaban hermosos tapices bordados de seda y oro, trabajados por las duquesas de Normandía, y que representaban los principales pasajes de la historia de la Madre de Dios (4), era donde venian tambien á dormir su último sueño. Roberto el Magnífico, hizo construir él solo tres iglesias del nombre de María: Nuestra Señora de la Preservacion, para cumplir un voto hecho durante una tempestad que amenazó hundir su bajel en las peligrosas aguas del archipiélago normando; Nuestra Señora de la Gracia, cerca de Honfleur, y por último, Nuestra Señora de la Piedad, cerca del castillo ducal que defendia á Harfleur.

Este príncipe, tan devoto de María, quiso ir á visitar su sepulcro y el de CRISTO en Jerusalen; y dispuso su partida á caballo, acompañándole varios

3 Este príncipe fué enterrado en la catedral de Nuestra Señora que entonces mandaba reedificar. "Acabó sus dias en Rouen como buen católico, dice Taillepied, y fué inhumado con gran pompa y solemnidad fúnebre en la grande Iglesia de Nuestra Señora, hácia el lado del mediodía." [*Antigüedades de la ciudad de Rouen*, pág. 107.]

4 La duquesa Gonnor, segunda mujer de Ricardo Sin Miedo, duque de Normandía, hizo grandes bienes á las iglesias, dice Taillepied, y especialmente á Nuestra Señora de Rouen, á la que donó hermosos ornamentos que ella misma hacia ayudada de los bordadores y oficiales; tambien hizo colgaduras de toda clase de sedas y bordados con hermosos paisajes é imágenes de la Vírgen María y de los Santos, para adornar la Iglesia de Nuestra Señora de Rouen. [*Ibid.* pág. 112.]

de los mas ricos y fastuosos señores de su corte, todos cargados de oro, resplandeciendo de pedrerías y rodeados de una larga comitiva de escuderos, pajes y caballerizos, como si se tratase de ir á lucir en un torneo. En los caminos, las poblaciones salian en tropel para verlos; y su entrada en Roma fué un ruidoso acontecimiento. Los romanos miraban con una admiracion que rayaba en asombro á estos bárbaros del Norte, que habian hecho temblar á la Europa meridional, y que les recordaban el noble rostro y la alta estatura de los héroes de la antigüedad. Al ver su buen aspecto, sus bellas cotas de malla, la larga espada danesa guarnecida de oro que llevaban al costado, y sus cascos puntiagudos de donde se escapaban formando bucles sus rubios cabellos, se preguntaban, quiénes eran estos príncipes del Septentrion, que venian á visitar la ciudad de los apóstoles. El Papa les recibió con grata benevolencia y alto aprecio; dióles su bendicion, y colocó él mismo el bordon de peregrino sobre los hombres de su gefe y señor. De allí continuaron su camino dirigiéndose á Constantinopla, ciudad de María, en donde deslumbraron á sus habitantes con su espléndida magnificencia. Al pasar, arrojaban el oro y las perlas; la mula de Rolando tenia herraduras de oro, y cuando alguna se desprendia, ninguno de la comitiva se detenia á alzarla; dejaban que los griegos recogiesen en el polvo, los clavos de oro que se le caian á la cabalgadura del gefe normando (1).

Al aprocsimarse á los Santos lugares, el espíritu cristiano se hizo sentir vivamente; estos mismos viajeros que con la cabeza erguida habian atravesado tantos rios bien defendidos y tantas murallas almenadas, sin reconocer ningun derecho de peaje; esos hombres atrevidos que dejaban siempre descubrir la punta de la espada bajo la túnica del peregrino, orgullosos no ha mucho hasta la insolencia, no habria podido reconocérseles: tanta era la humildad de su actitud; tan modesto y devoto era su aspecto al aprocsimarse á aquella tierra santa, cuyo suelo pedregoso y ardiente hollaban sus piés descalzos. Roberto, tan justamente llamado el Magnífico, visitó, con la mas edificante piedad, los dos santos sepulcros de Jesucristo y de la Vírgen. Cristianos y musulmanes recibieron de él limosnas tan régias, que el Emir de Jerusalen, picándose tambien de generoso y de liberal, no quiso recibir el tributo que le debian estos espléndidos peregrinos. Roberto dejó un presente de mucha consideracion en el Santo Sepulcro; Ricardo II, duque de Normandía, habia hecho ya una donacion de cien libras de oro.

Habiendo concluido su peregrinacion, el duque volvió á tomar por tierra el camino de su hermoso ducado, que no debia volver á ver. Murió en Nicea de Bitinia, chanceándose al aspecto de la muerte, como *los Reyes del Mar* (2) sus antepasados, y encomendándose á la *Señora Santa María*, como lo habian hecho sus predecesores cristianos.

Los nobles normandos que empezaban á soñar reinos bajo el hermoso cielo de Italia, no eran menos devotos de María que sus valientes príncipes. Ni la distancia, ni el estruendo de las armas les impidió fundar iglesias en honor de la Madre de Dios. El famoso Tancredo y Roberto Guiscardo, señores de la pequeña ciudad marítima de Hauteville, que no conserva una sola piedra de su castillo, pero que posee aún la antigua iglesia envuelta en musgos y gramas donde estos *leones normandos* recibieron el agua del bautismo, enviaron á Godofredo de Mombray, obispo de Cotanza, la mitad de un tesoro que habian hallado en lo mas interno de la Pulla, esa comarca donde con quinientas lanzas normandas habian rechazado á sesenta mil sarracenos, para que hiciese construir, bajo la invocacion de *Santa María*, esa hermosísima catedral que arrancó al mismo Vauban esta esclamacion al verla: "¡Quién es el loco sublime que ha arrojado este noble edificio en medio de los aires!"

En aquel mismo tiempo, un hermano de Roberto de Guiscardo, el conde Rogerio de Hauteville, fundaba en la Sicilia conquistada, la famosa catedral de Messina, que tambien fué dedicada á la Santísima Vírgen, segun la costumbre antigua de su casa. Este suntuoso edificio que fué consagrado en 1097, participaba un poco de todas las arquitecturas conocidas; el mosaico bizantino se mezclaba al arabesco de los sarracenos, y á los graciosos torreoncillos góticos adornados de estátuas de santos y de ángeles admirablemente dorados. En el suntuoso tesoro de esta catedral se conservaba una carta de la Vírgen, de la cual se enorgullecia la piedad de los habitantes de Messina (3) y sobre la cual varios obispos sicilianos han escrito varios dictámenes con el fin de patentizar su autenticidad. En esta misma catedral se celebra anualmente la fiesta de la Barra, cuyo objeto es perpetuar el re-

1 Véase *la Normandía*, por Mr. Julio Janin, cap. 2.

2 Habiendo encontrado un peregrino normando al duque, que unos árabes llevaban en litera, acercóse con tristeza al príncipe moribundo y le dijo: "¿Qué noticia llevaré de vos al país, monseñor? —Dirás, respondió Roberto sonriendo, y designando con el gesto á sus conductores, que me has visto llevar al paraiso por cuatro diablos."

5 Esta carta, que fué primero traducida del griego por Lascari, á quien se reprochó de haberla inventado, se halló despues escrita en siriaco, entre los antiguos manuscritos del obispo de Mardin, en Siria, y fué traducida al latin por D. José Allemani, noble maronita, intérprete de las lenguas orientales en la biblioteca del Vaticano. No pudiendo nosotros calificar el valor de esta pieza, que á pesar de numerosas reclamaciones se ha colocado en el número de los escritos apócrifos, la reproducimos como un documento curioso y antiguo.

"Maria Virgo, Joachim et Annæ filia, humilis ancilla Domini, Mater Jesu Cristi, qui est ex tribu Juda, et de stirpe David, Messanensibus omnibus salutem, et á Deo Patre omnipotente benedictionem.

Per publicum documentum constat vos misisse ad nos nuncios, fide magna, vos scilicet credere Filium nostrum á nobis genitum esse Deum et hominem, et post resurrectionem suam ad cœlum ascendisse; vosque, mediante Paulo, apostolo electo, viam veritatis agnovisse. Propterea vos vestranque civitatem benedicimus et protegimus, et defendimus eam in sæcula sæculorum.

Data fuit hæc epistola die quinto, in urbe Hierusalem, a Maria Virgine, cujus nomen supra, anno XXXXII á Filio ejus, sæculo primo, die 3 junii, luna XXVII.

La chiesa metropolitana de Messina fu dedicata alla beatissima V. M. della sacra Lettera, e vi si celebra tulli gli anni una grande festa.

L'antica é pia tradizione della sacra lettera della gran Madre di Dio sempre Virgine Maria, scritta alla nobile ed exemplare città di Messina, illustrata con nuovi documenti, ragioni e verisimili congeture, del P. Maestro D. Pietro Meuniti, abbate generale di S. Basilio Magno.

cuerdo de la derrota de los sarracenos por los héroes normandos: la Vírgen, representada por una jóven, es conducida sobre un magnífico carro de triunfo, en tanto que figuras horribles representan los musulmanes vencidos por el conde Rogerio.

La luz religiosa que disipó las tinieblas paganas del Norte, vino de la Normandía, y la Santísima Vírgen fué quien, en su iglesia catedral de Rouen, recibió las primicias de esta cosecha santa. En dicha iglesia, Haroldo II, rey de Dinamarca, que habia venido con cien galeras en ausilio de Ricardo Sin Miedo, abjuró el paganismo, y Olaüs, rey de Noruega, que habia unido su estandarte á la bandera de Normandía en una pequeña guerra que Ricardo II sostenia contra Eudes, conde de Blois, fué convertido al cristianismo por Roberto, arzobispo de Rouen (1). Este santo rey osó derribar la estátua de Thor, dios tutelar de Noruega en el templo de Dromtheim, lugar en donde los piratas noruegos venian á hacer sus juramentos sobre los brazaletes de este dios guerrero tan temido por los *gigantes de los hielos*. Olaüs envió á Suecia misioneros cristianos que fueron bien acogidos; y los muros dorados del templo de Upsal, libres ya de sus ídolos, y purificados de sus sacrificios humanos (2), recibieron las imágenes benditas de Cristo y de su Santísima Madre.

No era culpa de los príncipes de la Europa cristiana, que el sol del Evangelio se hubiese levantado tan tarde en el horizonte de los reinos del Norte; desde á mediados del siglo VII, el sajon Wilibrod habia hecho para convertir la Jutlandia, esfuerzos infructuosos, que los misioneros enviados por Witikind, el convertido por Carlo-Magno, renovaron infructuosamente en el transcurso del siglo VIII; el IX se presentó bajo auspicios mas favorables. Harald-Klack, rey de una parte de la Jutlandia, arrojado de sus estados, vino refugiarse á la corte de Luis el Piadoso, donde abrazó el cristianismo. Un cronista contemporáneo, Ermoldo el Negro, abad de un monasterio del imperio franco, describe de una manera pintoresca la llegada del *rey de la mar* y de su flotilla danesa. " ¿Qué veo brillar, dice, á los rayos de la aurora, " y cubrir á lo lejos las aguas del rio? ¿Qué navíos " son los que remontan el Rhin orgullosos con su " pompa guerrera? Cuál reflejan la luz del sol " sobre el espejo de las aguas, esas velas blancas " como la plata." No obstante los esfuerzos de Anschar, apóstol del Norte, esta conversion del rey danés fué cuasi solitaria; y aquellas naves de proas doradas, objeto de la sencilla admiracion de los guerreros francos, no surcaron mucho sobre los mares de la Europa occidental.

La conversion del rey Haroldo II, fué mucho mas provechosa á la religion cristiana, que la del príncipe de Jutlandia. De regreso á su patria, prohibió los sacrificios, mandó cerrar los templos de los falsos dioses, edificó iglesias cristianas, y favoreció con todo su poder la propagacion del Evangelio. Su hijo Suenon, príncipe feroz y pirata por inclinacion, que se habia declarado defensor de la idolatría, lo asesinó traidoramente de un flechazo, y volvió á abrir los templos de Odin y de Thor, y arrasó los templos cristianos. Despues de su muerte que aconteció en 1014, el cristianismo levantó la cabeza y volvió á propagarse. Sin embargo, el cambio de un culto al otro no se efectuó bruscamente como entre los jóvenes vencedores de las Galias y de la Inglaterra; las iglesias cristianas de Dinamarca, durante un siglo, se levantaron al lado de la piedra de los sacrificios. Si Cristo y la Santísima Vírgen eran venerados, los dioses de Wualhalla no dejaban de serlo tambien. Thor conservaba aún la maza en sus manos armadas de guanteletes de hierro; y si se cantaban himnos á María bajo las bóvedas de la capilla, tambien se cantaba el himno de Odin que se acostumbraba en los combates, y á él se le daba las gracias por la victoria ofreciéndole un sacrificio de aves de rapiña. Parecia muy duro á los guerreros del Norte abandonar del todo á aquellas divinidades belicosas que habian hecho tan valientes á sus padres. Convenian y reconocian que Cristo era Dios y consentian en adorarle como tal; pero por qué arrojar de su trono los antiguos dioses de la patria, para colocar esclusivamente á un Dios estranjero. ¿Acaso no podian reinar juntos? El Walhalla amaba á las mujeres castas, y por lo mismo podia estar á su lado la Vírgen Santísima. Al abrigo de este último parapeto, el paganismo era mas temible que nunca, y los primeros neófitos cristianos con un pensamiento de conciliacion, hácian una horrorosa amalgama de los dos cultos (3). Tal fué el estado de las cosas hasta el reinado de Canuto el Grande, què aseguró de una vez la preponderancia al cristianismo.

El culto de la Santísima Vírgen contribuyó mucho al establecimiento del evangelio entre los scandinavos. De tiempo inmemorial, habian colocado la virginidad en el cielo, bajo la forma de la diosa Falla, cuya blonda cabellera ataba una cinta de oro; y de Gesiona, que recibia en su cortejo celestial á las jóvenes que morian en estado de castidad. Tres vírgenes, sentadas al pié del fresno sagrado disponian del destino de los hermanos, y tambien eran vírgenes aquellas *damas blancas* que marchaban sobre los lagos como columnas de neblina, sentándose á media noche bajo la sombra helada de los pinos, y cantando con voz dulce y pausada los himnos rúnicos que los scaldos habian grabado sobre las rocas del valle de los héroes, *á quienes habian llorado los cuervos del cielo* (4). Era

1 *Antigüedades de la ciudad de Rouen.*

2 Los escandinavos inmolaban á Odin, á los prisioneros en tiempo de guerra, y en tiempo de paz á los criminales: en las grandes calamidades sacrificaban hasta los reyes mismos para apaciguar á sus dioses. Así es que el primer rey Vermelando fué quemado en honor de Odin para hacer cesar una gran plaga. Como se ve en la historia de Noruega, los reyes no libertaban ni á sus propios hijos: Haquin, ofreció los suyos en sacrificio para conseguir una victoria: un rey de Suecia consagró á Odin sus hijos, para que este dios prolongase su vida. [*V. Wormius, Monument. Danic. et Sax. grammat*, lib. X].

3 Munteo, *Historia de Dinamarca.*— Mallet, *idem.*

4 "Cuando Rogvaldo fué muerto, dice el célebre scalda del Norte, Regnier Lodbrog, en su *Epicedium ó Canto fúnebre*, todos los cuervos del cielo le lloraron." Seguramente porque les daba suntuosos festines de cadáveres.

muy sensible renegar de aquellas hermosas hadas del Norte que, segun se creia, se introducian invisiblemente en la cabaña del labrador, ó en la fortaleza del *jarl* [conde], y tras de cuyos pasos entraba la felicidad. Estas supersticiones igualmente queridas de los grandes y del pueblo (1), no se hubieran desterrado de aquel reino sin la Santísima Vírgen, que vino á ser la protectora de las cabañas y de los palacios. La influencia de la reina del cielo sobre la conversion de los scandinavos se prueba por un hecho que nadie niega, y es que el cristianismo debió sus progresos en aquellos pueblos á las madres de familia, quienes despues conquistaron á él á los guerreros (2).

Los primeros reyes cristianos de Dinamarca fueron fervorosos devotos de María. San Canuto, duque de Schleswig, le dedicó tres magníficas iglesias; Valdemar II hizo colocar su santa imágen sobre su escudo embutido de oro, y sabiendo que los rusos, ligados con los esthonios, amenazaban la Iglesia naciente de Riga, se empeñó de una manera solemne en pasar el año siguiente en Esthonia, *tanto por el honor de la Santísima Vírgen*, como por la remision de sus pecados (3). En aquella guerra comenzada bajo los auspicios de María, fué cuando los daneses, sorprendidos en su campo, perdieron su bandera nacional. Cuando ya sucumbian ante los paganos, la Santísima Vírgen, á quien piadosamente habian invocado antes de entrar á Esthonia, les dió, segun dicen los cronistas de la época, muestra patente de su poderosa proteccion: una bandera roja con una cruz blanca cayó del cielo, y con ella volvió á sus filas la victoria (4). El culto de María floreció largo tiempo en los tres reinos del Norte; y el gran número de catedrales, de monasterios y de ermitas que le fueron dedicadas lo acredita. Cuando el viento abrasador de la reforma marchitó la celeste flor del catolicismo, este culto se mantuvo aun en secreto, y cincuenta años despues de Lutero, se veia todavía venerar á la Vírgen Santísima en la capilla subterránea de Upsala (5). Mas terminó esta hermosa devocion, en aquellas regiones hiperbóreas, como habia comenzado en Roma en el seno de las catacumbas.

La Prusia y todo el litoral del mar Báltico, recibió la luz del Evangelio bajo la influencia de la divina María. Los hermanos hospitalarios de la Santísima Vírgen, conocidos con el nombre de caballeros teutónicos, civilizaron estas regiones, cuyas principales deidades eran [*Poklus*] el infierno, y [*Perkonnas*] el dios del rayo.

Entre las naciones de orígen slavo que sustituyeron el cristianismo á sus ritos sangrientos, y pulieron sus costumbres bajo la influencia de María, ningun pueblo la honró y veneró con tanta devocion como los húngaros.

Hácia principios del siglo XI, San Estéban, primer rey católico de la Hungría, en accion de gracias de una victoria obtenida sobre el príncipe de Transilvania, fundó la Iglesia de Nuestra Señora de Alba Real. Esta hermosa basílica slava no cedia en magnificencia á las mas suntuosas basílicas del Oriente. Sus muros adornados de soberbias esculturas, su pavimento de mármol, sus altares con labores de oro é incrustados de piedras preciosas, sus vasos de plata, de oro y de ágata, eran de maravillosa apariencia. Sobre el altar de la Vírgen habia algunos pebeteros de plata, en donde dos ancianos, contemporáneos de las espediciones de Atila, quemaban los perfumes mas raros del Asia.

Estas magnificencias no parecieron todavía suficientes al príncipe húngaro: este descendiente del temible guerrero que llevó el nombre de *Azote de Dios*, quiso que su cetro real se enlazase al de la Vírgen, y la declaró soberana de sus Estados. Así pues, cada vez que en toda la estension de aquel vasto reino, se pronunciaba el nombre de María, no habia un húngaro, por noble que fuese, que no doblase una rodilla en tierra, como un vasallo ante su Señora, y que no se inclinase con muestra de profundo respeto (6). En el recinto fortificado de los castillos, veíanse pequeñas capillas alumbradas por varias lámparas de bronce ó de plata maciza, que noche y dia ardian ante la imágen soberana de María. Hasta en los campos de batalla llevaban su imágen los príncipes palatinos, y bajo de sus tiendas le formaban un oratorio.

El culto de María no fué recibido con menos entusiasmo en las orillas del Vístula. Desde el dia en que Dumbrowka, la hermosa princesa de Bohemia convirtió el rey Micislas y le hizo romper los ídolos que sus padres habian levantado á Pagoda, [*el aire tranquilo*], á Poehwist [*el cielo nebuloso*] y á las demas divinidades del abismo, los polacos, esencialmente ya católicos, edificaron con piadosa emulacion numerosas capillas á la Madre de Dios. Las banderas paganas ganadas en veinte campos de batalla, fueron los únicos adornos de estas iglesias, ocultas bajo los pinos siempre verdes de las selvas slavas; y cuando al celebrar la misa el sacerdote de Jesucristo leia el Evangelio á estos héroes del Norte, arrodillados delante de un altar tan pobre como el pesebre de sauce del Salvador, se les veía sacar la espada hasta la mitad de la vaina en señal de proteccion y defensa (7). No era esta una simple fórmula ni una vana demostracion: la Polonia fué largo tiempo el baluarte de la cristiandad; sin Juan Sobieski, tal vez la media luna habria dominado sobre las torres de todas las ciudades que se estienden al otro lado del Rhin.

La Polonia se consagró desde muy temprano á la Santísima Vírgen: María era solemnemente invocada bajo el título de *Reina de Polonia*, desde mucho antes que Juan Casimiro renovase esta con-

1 La religion de los scandinavos se habia corrompido enteramente; no consistia ya mas en el culto de un Dios supremo; las inteligencias que habian emanado de ella, no estaban ya bajo de su influencia. [Mallet, *Hist. de Dinamarca*].

2 Ibid.

3 *Crónica livoniense*, pág. 122.

4 Malet, que critica esta leyenda, confiesa sin embargo que ningun historiador danés esplica de una manera satisfactoria el orígen de esta bandera; pero conviene en la verdad del prodigio.

5 Mr. Marnier, *Carta á Mr. Salvandy*.

6 Bonifacius, *Hist. Virg.*, lib. 2, cap. II.

7 Esta costumbre se remonta hasta Micislas, que fué el primer rey de Polonia. [Hist. de Polonia, por M. L. S., tom. I, pág. 43].

sagracion. Cada vez que los polacos se preparaban á marchar contra los tártaros, era la bandera de María la que dirigia y conducia sus falanjes belicosas (1), el grito, dos veces repetido, de *¡Jesus!* era el grito de guerra; un cántico á la Vírgen, el himno del combate (2).

CAPITULO IX.

LA CABALLERIA.

El imperio gigantesco de Carlo-Magno habia desaparecido cual una hermosa fantasma; el último de los carlovingianos habia sido despojado de su reino, reducido cuasi á la nada por las imprudentes liberalidades de sus padres; y los duques de París, despues de haberse probado dos veces el manto real, concluyeron por apoderarse de él. Los condes de Paris, antes de reunir aquella corona empobrecida á su hermoso feudo, habian dado ya brillantes pruebas de su devocion á la Santísima Vírgen. Cuando aquella desconocida y terrible epidemia, que se llamó *fuego ardiente*, llegó á la isla de Francia despues de haber asolado el mediodía del reino, Hugo el Grande, mantuvo á espensas suyas á todos los pobres peregrinos que venian á Nuestra Señora de Paris á implorar y pedir la salud, cuya gracia obtuvieron (3). Hugo Capeto fundador de la tercera dinastía, profesaba una sincera devocion á María; y Adelaida de Aquitania, su piadosa consorte, colmó de dones á la hermosa abadía de Nuestra Señora de Argenteuil, que desde entonces poseía la santa reliquia que aún hoy se espone á la veneracion de los fieles. Roberto, que llamaba á María *la Estrella* de su reino, hizo construir en honor suyo varios monasterios en Poissy, en Melun en Estampés y en Orleans, como nos lo refiere Helgeaud. La iglesia de Orleans recibió el nombre de *Nuestra Señora de la Buena Nueva*, y fué construida en el mismo lugar donde Roberto, que entonces no era mas que heredero presuntivo de la corona, recibió la noticia de que su padre Hugo Capeto, habia escapado á la muerte. ¡Digno hijo de un rey!

Bajo el reinado de Felipe I, nieto de Roberto, príncipe que se mostró mas dispuesto á saquear la Iglesia que á enriquecerla, hubo un notable acontecimiento que dió por vasallos á los reyes de Francia los reyes de Inglaterra. Guillermo el Bastardo, hijo del duque Roberto el Magnífico, que murió en su peregrinacion á la Tierra Santa, en una sola batalla conquistó la Inglaterra y estableció allí la dominacion normanda. Guillermo, lo mismo que su padre, tenia en mucha reverencia á la Vírgen María: este valiente conquistador tan hábil político que con solo una mirada hacia temblar la Inglaterra de un estremo á otro, no bien se sentia atacado de alguna enfermedad, juntaba sus belicosas manos para encomendarse á la Vírgen Santísima. Habiendo caído enfermo en el castillo de *Cherbourg*, pequeña ciudad defendida por buenos fosos y algunas torres redondas que el Océano bañaba con sus verdiosas olas, hizo voto de erigir una capilla á la Vírgen, si por su intercesion obtenia prontamente el alivio; sanó en efecto, y cumplió religiosamente su voto. A espensas suyas se reedificó la soberbia abadía de Jumiéges, en la cual, el clero se encontraba la ciencia y el pobre el pan de su subsistencia, con solo la condicion de que su iglesia, que por la reina Batilde habia sido dedicada á San Pablo, se pusiese bajo la invocacion de la Madre de Dios. El dia 1º de Julio del año de gracia 1068, asistió en persona, con la duquesa Matilde y todos los nobles normandos, á la dedicacion de esta iglesia; y algunos años despues pasó el mar para partir, á invitacion del obispo Felipe de Harcourt, con sus dos hijos Guillermo y Roberto, Lanfranc, arzobispo de Cantorbery, y Tomás, arzobispo de York, á la dedicacion de Nuestra Señora de Bayeux, que habia sido reedificada por dicho obispo. Sin duda fué en esta ceremonia cuando la duquesa Matilde donó á Nuestra Señora de Bayeux aquella célebre tapicería histórica, en la cual con su paciente aguja habia representado la conquista de la Inglaterra. Segun un inventario del tesoro de Nuestra Señora de Bayeux hecho en 1476, *esta tela con bordados é inscripciones* estaba tendida alrededor de *la nave de la Iglesia el dia y por las octavas de las reliquias* (4).

Esta bella y piadosa princesa, cuya memoria estaba en tan alta veneracion, que la esposa sajona de su hijo Enrique I de Inglaterra, cambió su lindo nombre de Edith por el de Matilde *á fin de agradar á la nobleza normanda*, ha dejado á mas de esta tapicería, otros muchos testimonios de su devocion á la Vírgen María.

Un dia, hácia fines del mes de Octubre, la princesa con sus dos hijos y algunas damas de su corte, se paseaba en una de esas hermosas praderas de Normandía, cuya yerba se asemeja á una inmensa alfombra de terciopelo bordada de flores, cuando un correo del rey Guillermo que galopaba á toda brida en direccion á Ruan, detiene su fogoso caballo, y al apercibirla, se lanza de un salto en el suelo. "¿Qué nuevas hay de mi señor y del ejército normando? preguntó Matilde pálida de emocion.... ¿la batalla? Está ganada, noble señora, respondió el correo doblando la rodilla y presentando á la jó-

1 La Vírgen María fué proclamada reina de Polonia; siempre que se armaban contra los tártaros, su imágen decoraba el estandarte nacional. [*La Polonia histórica y literaria*, tom. I, pág. 396].

2 Desde el siglo décimo, vemos á San Adalberto, obispo de Guezna, componer cantos sagrados para las tropas polacas que combatian á los pomeranios y á los prusianos paganos. Un himno de San Adalberto, *Boga-Rodzica* (Madre de Dios), ha sido por mucho tiempo el canto de guerra de los polacos. (Alb. Sowinzki, *ojeada histórica sobre la música religiosa y popular de Polonia*.

3 Felibiano, Hist. de Paris, tom. I.

4 Esta preciosa tapicería, contemporánea de la conquista de Inglaterra, se quedó desconocida durante seis siglos. Espuesta solamente ciertos dias del año en la nave de la catedral, la tradicion le habia dado el nombre de *el tocador del duque Guillermo*. Fué el P. Monfaucon que llegó á descubrir que estaba en Bayeux, y que enriqueció sus *monumentos de la monarquía francesa* con los dibujos de esta tapicería, hasta entonces tan poco conocida.